

ra servir á fines individuales de la misma; sino que se somete únicamente á ella, para que se encargue de sostener y conservar el espíritu interno y pudiéramos decir ascético que en la Congregación debe reinar.

La Compañía no ha dividido nunca la compacta masa de su forma y leyes en Asociaciones subordinadas de una Segunda Orden (monjas), ni de una Tercera Orden (terciarios seculares), como juzgaron conveniente y factible hacerlo ciertas Ordenes religiosas, tales como los franciscanos, dominicos, servitas y otros. El bloque de granito cuya ley de existencia puede expresarse en la gráfica fórmula «sean así ó de ninguna manera:» *sint, ut sunt, aut non sint*, no puede desmembrarse en otras formaciones secundarias; el cuerpo de ejército que á la vez que ofrece sus filas aguerridas y fuertes como el acero, exige que sean éstas ágiles y ligeras como los ginetes del desierto, no puede dividirse ni rodearse de masas pesadas y de difícil movilidad. Pero, nacida en el campo de batalla, en medio de las tempestades más violentas que ha sufrido la Iglesia, hija de un soldado y dotada de todos los instintos é intuiciones del soldado, conocía y sabía la Compañía de Jesús que en la unión de los soldados en filas á la vez que compactas y flexibles, es donde estriba el secreto de la fuerza. Saliendo pues, á la lid, para la defensa y acrecentamiento del reino de Cristo, por inmenso que fuera el campo de batalla; teniendo por única medida y por solo fin de sus acciones y combates la «mayor» gloria de su amado Señor y Maestro, y tomando por base de sus pensamientos y planes la fórmula que le dió su Santo Fundador: «Cuanto más universal, más divina;» tendió siempre no á disgregar sus influencias, sobre seres aislados, sino á hacerlas obrar sobre círculos que abarcasen en sí grandes espacios ó sobre centros á cuyo derredor gira lo demás.



Deplorando que las olas de la impiedad arrastrasen fuera del terreno de la Iglesia todo lo que era aluvión ligero y suelto, y viendo que, por lo contrario, respetaban lo que se hallaba compacto y soldado entre sí y con la roca eterna; la Compañía de Jesús creyóse en el deber de dotar desde el principio de su existencia á todas las obras que produjese, de formas orgánicas perfectamente determinadas; dando así á cada unidad parcial la fuerza y resistencia que se halla en el todo. Esta norma fué la ley que reguló sus trabajos ascéticos, científicos, civilizadores y cristianizadores. Así como reunía en sus «Reducciones» á los salvajes y á las razas que poblaban los bosques y las